

El Crecimiento de una Idea

por
Jorge Antón.

Tiempo de lectura: 3 m. 10 s.

¿VES a esa mujer sentada en una roca? Ha tomado una piedrecilla y la ha soltado en el remanso. Se formó una honda en el agua. Y después otra más grande. Y después otra más grande aún y otras. No ha seguido la mujer arrojando piedrecillas en el remanso. Pero las hondas siguen naciendo cada vez más grandes. Si el remanso fuera todo el océano, tranquilo como un plato de miel, las ondas, aun cuando tú no las vieras, seguirían creciendo y creciendo y creciendo, hasta cubrir el océano. Esa piedrecilla en el agua es como una idea en el océano de la vida, donde tiene repercusiones infinitas.

Una idea fué "la República" de Platón, y sus repercusiones todavía vibran en el océano del tiempo. Ideas fueron los teoremas de Euclides, y sin ellos no habría en el mundo puentes, ni locomotoras, ni trasatlánticos, ni aeroplanos. Una idea fué la de Lister, y sin ella no habría cirugía. Una idea fué la de Bell, y sin ella no habría teléfonos. Una idea la de Marconi, y sin ella no habría radio.

Nos paseamos por la ciudad, nos paseamos por el orbe entero, y contemplamos no las siete, sino las siete mil veces mil maravillas del mundo. Todo es una maravilla, el papel en que lees, la prensa que lo imprimió y el linotipo, y la tinta y los grabados y los anteojos con que lees. Y cada cosa que miras mientras cesas de leer. Cada cosa que ves y cada cosa que no ves, es una maravilla.

Pero todo, todo eso, no es sino producto de la maravilla máxima del mundo, de la maravilla de las maravillas: la idea.

Que nosotros sepamos, sólo el cerebro humano es capaz de producir ideas. Y sólo ciertos cerebros privilegiados producen ideas cuyas ondas repercuten en todo el amplio océano de la vida.

Nos dolemos de que tantos recursos naturales, caídas de agua, mareas, tierras incultas, se desperdicien. Pero el desperdicio máximo de la humanidad no son las tierras ociosas, ni las cataratas ociosas. La vid es para dar uva, y casi todas las vides dan uva. El nogal es para dar nueces, y casi todos los nogales dan nueces. El cerebro humano es para dar ideas, y raro es el cerebro que produce ideas. Entre un millón de hombres, sólo uno suelta una piedrecita que produzca ondas en el remanso de la vida. Los demás somos el agua del remanso; sentimos la onda de la idea, pero no la producimos.



Esto nos muestra que a pesar de los siglos de nuestra historia, estamos sólo en la aurora de la civilización. El rasgo característico del hombre es su facultad de pensar. Y éste es privilegio todavía de unos pocos. No que los demás no puedan pensar, no que los demás carezcan del mecanismo que produce ideas. Pero simplemente tienen miedo de pensar, como el avecilla que todavía no se atreve a emprender el vuelo. Pero a volar

el avecilla alguna vez se atreve, porque parte de su misión es volar. Y el hombre, por lo general, jamás se atreve a pensar, aunque su misión primordial es pensar.

Sí, nos atrevemos a comer y a perseguir a la hembra, y aún a cometer crímenes para ello. En eso nos mueve el mismo instinto que a las fieras del matorral. También sabemos sentir; sabemos sufrir y gozar; y odiar y amar; y tener ira y tener paciencia. Esos son, así-

mismo, instintos seculares, que los tiene el salvaje igual que nosotros.

Pero... pensar, producir ideas; ése es el último privilegio conquistado por el hombre. Sólo podrá ser feliz la humanidad, y concluirán las guerras y las crisis y el hambre, y habrá cooperación, cuando este reciente privilegio del hombre —pensar— sea tan espontáneo como respirar o digerir.